

La Diosa de los Mares

HISTORIA MARAVILLOSA

AVENTURAS DEL CAPITAN GUSTAVO

0-0-

(Nueva edición, adaptada de la de F. O. y F.)

IMPRENTA Y LIBRERIA «LA FLECA». - CALLE ALEUS, NÚM. 1. - REUS



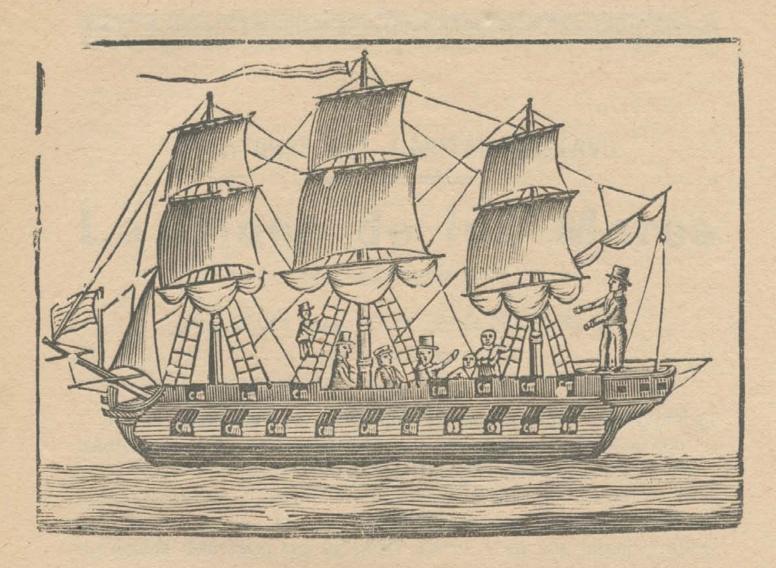
La Diosa de los Mares

HISTORIA MARAVILLOSA

AVENTURAS DEL CAPITAN GUSTAVO

(Nueva edicion, adaptada de la de F. O. y F.)

IMPRENTA . V EIBBERGA . LA FLEGA . . CALGE ALEUS, NOM. I. - REUS



La Diosa de los Mares

HISTORIA MARAVILLOSA

0 ---

AVENTURAS DEL CAPITÁN GUSTAVO

(Nueva edición, adaptada de la de F. O. y F.)

NOTERA MISTORICA



ES PROPIEDAD



HISTORIA MARAVILLOSA

AVENTURAS DEL CAPITAN GUSTAVO

(A g Q A ob alleh sherq be intelhe a coult)

restrict to the second district and the second second second



AVENTURAS DEL CAPITÁN GUSTAVO

La Diosa de los Mares

A GUISA DE PRÓLOGO

No hay país como el Africa que por sus condiciones, leyendas, tradiciones y misterios, todos ellos a cual más interesantes, contribuya en el terreno de la investigación, reflejada en la literatura, a la instrucción y recreo de las almas; y más aún, cual en este caso ocurre, en que la descripción de acontecimientos vividos en sus áridos desiertos, sus agitados mares y en sus impenetrables bosques, habitados algunos por razas de cafres y hotentotes, se debe al resultado de las investigaciones de un viajero atrevido, del célebre Jhon Namittnos, el cual ha legado en sus memorias, y que constituyen esta historia verdaderamente interesante por las aventuras y episodios que en ella se describen.

Dicho ya esto vamos, con la venia de los lectores, a empezar nuestra tarea:

CAPÍTULO I

Mustafá, el pirata

Donde desemboca el rio Orange, en la costa meridional del mar de las Indias, están las tribus de los Brignas, negros salvajes cuya total civilización aún no ha podido conseguirse a pesar de los intentos y esfuerzos a tal fin realizados. Hácia la parte del Oeste y bajo la influencia de un sol abrasador, se ven diseminadas las chozas o cabañas donde se albergan durante ciertas horas del día en que se ocultan a la investigación de los extranjeros, que de vez en cuando suelen arribar a sus desiertas playas.

En ellas, cierto día, un estridente y prolongado ruído puso en completa dispersión a las hordas que a la sazón se ocupaban en la pesca; como si un poder sobrenatural los empujase hacia sus guaridas en el interior de los bosques, huían chillando, despavoridos, y pocos momentos después hubiérase creído que en tan vasto recinto ningún ser viviente existía.

Ya el sol iba a su ocaso cuando dejóse ver en lontananza y sobre el azulado espejo de los mares, una colosal embarcación, que, surcando sus aguas con la velocidad del rayo, venía desde las costas de Cimbebasia en el Océano Atlántico, en dirección a aquel desierto sitio.

Negras y gigantescas nubes iban extendiéndose de Sur a Este oscureciendo el espacio, y el empuje de las embravecidas olas azotaba las rocas con un estrépito horroroso.

Pronto se halló el cielo velado por la furiosa tempestad, y ni el más osado náutico hubiérase atrevido a resistir el desatado elemento.

Sin embargo, en medio del contínuo retumbar de los truenos y de las chispas eléctricas que parecían destruir el universo, un enorme bajel de tres puentes, hinchadas sus velas y con una rapidez asombrosa, veíase cruzar aquel lago de fuego.

Los repetidos toques de bocina y el atronador griterío de la tripulación daban a conocer las precipitadas maniobras que se ordenaban para combatir la tempestad.

Una hora había transcurrido y aunque la tempestad se hallaba lejos de las costas, iluminaban aún sus relámpagos todos aquellos contornos.

Observemos la embarcación que al aproximarse cuanto pudo a la playa echó sus pesadas anclas, y veamos que clase de gente la tripulaba y el objeto de su navegación en tan procelosos mares.

Nadie estaba ya sobre cubierta en aquellos momentos, ni se ostentaba en su proa ninguna señal que a conocer diera su rumbo, ni en la cima de su velámen la bandera de su procedencia.

Solo en uno de los costados se distinguía, aunque confusamente, una inscripción arábiga que decia: Mab-el-Cobbé, que podía tradu-

cirse por los nombres de uno de los estrechos del Océano indico, al S. O. de la Nubia en el país egipcio.

Las extensas dimensiones del buque mónstruo debía de contener gran número de tripulantes, calculándose que mediría sobre unos ochocientos metros de longitud por trescientos de latitud y contándose en sus lados más de cincuenta piezas de artillería.

De repente apareció en su cubierta una gigantesca figura que no bajaría de nueve pies de alzada. Vestía un traje árabe rojo y en su turbante del mismo color se ostentaba la media luna. Era por consiguiente el señor de aquella colonia flotante, según todas las apariencias y la osadía reflejada en su cobrizo semblante.

Nunca se había visto, desde el cabo Guardafui hasta el Vert y del Blanco al de las Aguilas, una embarcación semejante; de la cual penetraremos en su interior para averiguar y resolver el objeto que perseguimos.

El nombre del buque de tan extraña figura era El Aquilón, y no llevaba ni una sola tonelada de transporte en mercancias ni pasajeros; componían la tripulación unos ochocientos hombres entre egipcios, turcos, mohuscas y etíopes al mando del gigante que hemos dicho vestía el traje árabe rojo.

Todo se hallaba en el silencio más sepulcral, y únicamente era interrumpido por los armoniosos y suaves acordes de un sonoro laud que acompañaba la melodiosa música de una canción árabe, cuyos acentos revelaban la más volcánica pasión. La deslumbradora claridad que salía de uno de sus camarotes, daba a entender la importancia de la persona que lo habitaba, corroborándose esta sospecha en la constante guardia de centinelas que lo rodeaban: Era un cuadrilátero de grande extensión adornado con toda la riqueza del arte en magnificos espejos de plata bruñida, divanes de terciopelo carmesi con franjas de oro finísimo y cortinas festoneadas sobre la rica seda con hilos de perlas y rubies de un fabuloso valor; candelabros de oro macizo, pebeteros de cristal de roca evaporando el más delicioso perfume, y multitud de pájaros de todos los países del mundo, que con sus melodiosos trinos completaban el cuadro de aquella mansión divinizada. Era el conjunto del soñado Edén de los hijos del Profeta.

Nada, empero, de cuanto presentaba aquel paraiso podía compararse con la belleza de una mujer que muellemente recostada en uno de los ángulos parecía indiferente a cuanto le rodeaba. De nación georgiana, contaba apenas de existencia veinte años.

Blanca como ampo de la nieve, de ojos negros y rasgados como las vírgenes de Oriente, y velados por el divino fleco de sus pestañas, de blonda y sedosa cabellera, perlas nacaradas en su provocativa boca y de esbeltas y delicadas formas, no podía contemplarse sin arrebato, ni mirarse como a un ser natural de la creación.

A tan bellísima figura daba más realce el finísimo traje de crespón color de rosa semblado de mil caprichosos adornos, y rica pedrería, bajo el que se ocultaba el ángel del amor. Y sobre su nevado seno veíase una pequeña cruz de oro esmaltado pendiente de un cordón de pelo negro como el ébano, signo indulable de la religión que profesaba.

Célia era su nombre, y en el momento en que la describimos un hondo suspiro se arrancaba de su pecho virginal, al mismo tiempo que descorriéndose una de las cortinas del extremo izquierdo del salón, se presentó el gigante que vimos hace poco sobre la cubierta del buque.

—Célia, Alá te aguarde, —dijo al entrar, y descubriéndose enteramente apareció un hombre como de unos cincuenta años, de formas atléticas, severo rostro y torba mirada, que arrojando en uno de los divanes su alquicel y turbante rojo, sustituyó éste con un gorro beduino de larga y dorada borla, el cual daba a su semblante un aspecto singular. Iba armado de una alfilada escarcina que pendía de su cintura y a su inverso lado una puntiaguda daga; y era su ademán en extremo feroz.

Célia nada contestó al lacónico saludo de su cancerbero, levantándose del diván que ocupaba e intentando la salida para el interior del camarote.

Mustafá, que así se llamaba el beduino, se le interpuso rápidamente, y cogiéndola de un brazo, aunque con cierto respeto, le dijo:

—Célia, Alá no quiere que me abandones ni te sustraigas a mi pasión. Tú serás mía a pesar del mundo entero, y el ángel de la dicha velará por nuestra felicidad!...

—¡Dejadme, señor, dejadme y no acibaréis más mi pobre existencia con vuestra pasión extraviada!... ¡Soy cristiana,—continuó —y aunque así no fuese, tampoco podría unirme jamás al hombre

à quien no amo ni amaré! ¿Olvidais que fuisteis el verdugo de mi raza y el asesino de mis padres? ¡Dejadme y no me precipitéis hasta el extremo de atentar contra mi vida! ¡Si dais un solo paso que comprometa mi virtud me daré muerte en vuestra presencia!—dijo Célia resueltamente acercando a sus purpúreos labios un pomo de mortifero veneno que llevaba oculto entre los pliegues de su ropaje.

—No lo consentiré nunca, mi bella Célia!...—interpuso el beduino.—Tú no morirás sino conmigo para reunirnos en el paraíso, si es que antes no se cumple la terrible profecía del judio Samuel: «Serás muerto a mano airada, tu hermoso buque hundido en el »abismo y tu poder aniquilado.» Y qué... Célia mía, ¿crees tú semejante desatino?... Ja, ja, ja...—y reia estrepitosamente dando pasos por la habitación, como acometido de un vértigo espantoso.—Ja, ja, ja... ¿Es verdad, Célia,—continuó,—que esos vaticinios no pueden realizarse? ¿Quién será el pigmeo que se atreverá a luchar con mi fuerza hercúlea, ni a vencer el talismán que me preserva de todo mal? Imposible, imposible!...

—¡Imposible!—contestó Célia.—¿Creeis acaso que no ha de cumplirse un día lo que predijo el Dios de los cristianos? Pues sí, se cumplirá.

-¿Qué dijo ese tu Dios tan poderoso para que se confirme sin contradicción?

—Dijo que «a hierro morirá quien mata a hierro»,—replicó Célia con la firmeza del que tiene en el corazón la fé de sus creencias.

—¡Pues no sucederá, voto a Mahoma!—contestó el beduino como una furia y haciendo retemblar el camarote con sus agitados pasos.—No sucederá, porque Alá me proteje contra tus aliados; pero ¡ay! de esos miserables aventureros si osaran acercarse ni a muchas millas de mi Aquilón! ¡Porque entonces, Célia, entonces... morirían hechos pedazos..., moriría yo, y conmigo... la soberbia cristiana!...—Y alejándose por el mismo punto que apareció poco antes, iba en su desmesurado enojo y violento coraje maldiciendo su existencia y la raza de Georgia.

La virtud de la bella Célia, había nuevamente triunfando de las maléficas intenciones y deseos repudiables de Mustafá. Dejemos, pues, a este mónstruo cavilar en sus infernales proyectos; y vamos a dar una idea de lo que pasaba en uno de aquellos tenebrosos y temibles bosques guarida de tribus salvajes.

CAPÍTULO II

¿Quien era Gustavo, el náufrago? = La revelación de Djolí

No muy distante del sitio en que permanecía anclado El Aquilón y junto al lago Maraví, se albergaba una tribu de negros salvajes, que, aunque no se les consideraba como antropófagos, sin embargo, por la ferocidad de su carácter se parecían a la familia de los cafres oriundos del Cabo de Buena Esperanza. En el interior de un bosque y en una plataforma como de mil varas de diámetro, estaban construídas en semicírculo las cabañas de aquellos salvajes, cubiertas de hojas de palmera y enarbolada en una de las del centro un pedazo de tela encarnada a estilo de bandera para distinguirla sin duda de las demás. En ella habitaba el cacique o mandarín de la tribu, a cuya inapelable sentencia se sujetaban todos sus moradores.

Djolí, éste era el nombre de tan severo juez a cuyo cargo se encontraba un europeo llamado Gustavo, y que según su porte y el uniforme de marino que aún conservaba, debía pertenecer a una clase distinguida. Arrojado por una tempestad en las desiertas playas, y sin ningún medio de salvación, fué recogido por aquellas gentes que, aunque salvajes, respetaron su vida, ya fuese por el estado en que se hallaba o ya por miedo a la represalia de los de su color.

Una vez recogido, Gustavo fué conducido a la cabaña del cacique Djolí, único de los indígenas que entendía algo de los idiomas europeos por haber estado en un buque al servicio del gran sultán; y, enterado de la historia del náufrago, desde aquel instante le otorgó su amistad; lo cual motivó el respeto y la consideración de la tribu hacia Gustavo.

La mañana siguiente de la llegada del navío El Aquilón a aquellas costas, se hallaban Djolí y Gustavo fuera del bosque observando la embarcación que flotaba en alta mar y que con el auxilio de un estropeado y viejo anteojo que poseía el cacique, podiase distinguir algún tanto mejor.

De repente un grito de espanto se arrancó de los labios del negro Djolí, y obligando a Gustavo a huir de aquellos sitios fueron a ocultarse en lo interior del bosque. Dentro ya de su cabaña y repuestos ambos de la sorpresa que a cada cual había causado la vista del buque mónstruo y a Gustavo la huida de Djolí, intentó aquel saber del cacique lo que pudiera serle tan extraño. Gustavo, como es de suponer, empleó toda su astucia para conseguirlo; hasta que por último Djolí hizo la siguiente revelación:

Hace cuatro años próximamente que en esas playas que nos rodean naufragó una hermosa fragata de guerra, que procedente de la Turquia cruzaba el Océano.

En menos de seis horas se fué a pique sin que bastaran los esfuerzos de su tripulación, ni el auxilio de un bajel mercante que le seguía en la misma dirección.

Tres personas solamente se salvaron de la catástrofe y un hermoso perro de Terranova que llevaba uno de los pasajeros que perecieron en las olas.

El bajel tremolaba la bandera turca y su dueño era un hombre de colosal estatura, de color rojo lo mismo que sus vestidos, y más que por el comercio de pieles que aparentaba, era un verdadero pirata, terror de nuestros mares.

Se llamaba Mustafá y ejercía en su tripulación un dominio absoluto.

Uno de los que tuvieron la suerte de entrar a bordo del navío El Aquilón, que así se nombraba, fui yo.

Sirviendo en clase de soldado a las órdenes del gran señor, tuve el sentimiento de ver sumergirse nuestra fragata de guerra y perecer todos mis compañeros.

El terrible Mustafá llevaba algunos cautivos, entre los que había una joven georgiana de rarísima hermosura, y que más bien que criatura humana era un ángel del paraíso.

Célia se llamaba la sin par belleza, y ya fuese por mi calidad de extranjero, o ya por la franqueza que le inspiraba mi lealtad, me trataba con confianza, dispensándome la relación de su historia.

Díjome que Mustafá había exterminado a toda su familia y muerto violentamente a sus padres y un hermano en un abordaje, y que a ella, su prisionera y después su esclava, le hacía sufrir toda clase de disgustos por no corresponder a sus brutales amores.

Víctima hubiera sido mil veces de su ferocidad si no la defendiese de sus iras un precioso talismán que poseía; pero que no ejercía toda su influencia mientras no se destruyese otro más poderoso que conservaba aquel y que nadie se lo arrebataría sin la vida.

Durante la travesía de nuestro nuevo buque hácia las costas de Guinea, cai gravemente enfermo, y fué tan delicada mi convalecencia y tan profundas las huellas que dejó mi enfermedad, que resolvió Mustafá deshacerse de mí en la primera ocasión.

Poco tiempo después fui arrojado a las playas del lago Dembea en la región septentrional, y más tarde conducido en una barca pescadora de atunes a esta parte meridional, donde vivo entre los de mi raza querido y respetado de mis hermanos de color. Y conservo desde entonces este viejo anteojo que me es de suma utilidad; y como un recuerdo de la generosidad de la hermosa georgiana, una preciosa sortija de rubíes y un medallón con su verdadero retrato, que os enseñaré.

Dijo así Djolí; y, entrando en lo más oculto de su cabaña, salió a pocos momentos con la inapreciable joya y el retrato de la divina Célia, que puso en manos de Gustavo, no sin haberle exigido la promesa de no revelar a nadie el secreto que le confiaba.

CAPÍTULO III

El juramento de Gustavo. = La desaparición y el huracán. = El sueño. = El "Vaticinio".

El joven marino quedó sorprendido, absorto ante un retrato de tan singular belleza, y observando detenidamente el anillo que circundaba el precioso medallón hubo de tocar a un ligero resorte, y abriéndose por el reverso por sí solo, descubrióse un pedazo de papel donde estaba trazada en correctos perfiles del idioma persa la historia de la hermosa cautiva y detallados los medios de libertarla de su horrible esclavitud.

No se escapó a la penetración de Gustavo lo interesante de semejante descubrimiento, y así es que al descifrar a Djolí el contenido del papel misterioso lo hizo solamente de la parte que debiera revelarle, inclinándolo a que lo acompañase en busca de la bella prisionera y libertarla de su tirano opresor. Mucho halagaba a Djoli la idea, pero retrocedía ante el temor de habérselas con tan terrible enemigo como el feroz Mustafá, a quien ningún poder humano podía combatir.

Así lo demostró a Gustavo, que viéndolo decidido en su temerario propósito, le ofreció una segura canoa con víveres para treinta días y un bruñido y acerado alfange que conservaba con el más prolijo esmero.

Aceptada la proposición del generoso Djolí y no pensando en los inminentes peligros a que se exponía en tan arriesgada empresa, convinieron para su partida la madrugada del siguiente día, en que debería embarcarse con dirección al navío El Aquilón, que aún anclaba a la vista de sus playas.

Dispuesta la canoa al romper el alba, prodigáronse ambos las más lisonjeras frases de cariño, y antes de salir del bosque, haciendo Gustavo una cruz de dos pedazos de arbusto, clavada en tierra y de rodillas ante el sagrado signo de nuestra redención, pronunció este solemne juramento:

—¡Juro por la sangre del Crucificado, por la memoria de mis padres, por la vida de mis hermanos y por la salvación de mi alma no descansar ni un solo momento hasta conseguir la libertad de la bella cautiva o morir en la demanda!—y dando un abrazo al cacique Djolí y éste a su vez bendiciéndolo en nombre de Alá y Mahoma su profeta, se dirigieron a la orilla del mar, donde de antemano había mandado Djolí preparar la canoa.

Era la hora de la niebla producida por las evaporaciones de la marea, y apenas se distinguía el azulado espejo sino hasta muy cerca distancia.

Parecióle a Gustavo esta circunstancia muy favorable para poder llegar a El Aquilón que yacía oculto entre la densa bruma, y embarcándose resueltamente dirigió el último adiós,... y perdióse entre los rizados pliegues de aquella inmensidad.

Dejemos al atrevido marino bogar en alas de su suerte, y mientras Djolí volvíase triste y pensativo a su morada en unión del indio de su tribu que le acompañaba, continuemos nuestro rumbo al lado del monstruoso navío, cuyo inexpugnable baluarte quería asaltar el intrépido doncel.

Más de media milla había ya recorrido la canoa con su atrevido

aventurero, y aún no se descubría El Aquilón en el sitio que antes estuviera.

Se hallaba ya el mar completamente despejado y el bajel no se divisaba en ninguna dirección. Parecía que se lo hubiese tragado el abismo...

Dudoso nuestro joven marino sin saber el rumbo que tomara, vino a sacarlo de su incertidumbre un punto negro que se asemejaba a una gaviota.

Bogó hácia él con toda la velocidad que le permitía su pequeño bote, y cuanto más se internaba en alta mar, más lejos se encontraba de aquella.

De repente una ráfaga de viento S. O. que cada vez se hacía más fuerte y continuada, le dió a conocer la proximidad de un huracán.

Recogida la vela de su canoa y amarrada convenientemente, se dejó llevar a merced del viento, porque toda otra tentativa hubiera sido inútil contra el feroz elemento.

Dos días pasó siendo juguete de las embravecidas olas, que tan pronto lo elevaban hasta las nubes como lo hundían en la profundidad, y ni había llegado a descubrir el bajel de su bella cautiva ni tampoco un palmo de tierra donde descansar en aquel trance.

Apuradísima era su situación en una zona desconocida y sin llevar brújula para dirigir su canoa y volver al punto de su salida.

Ya hacía algunas horas que navegaba sin acierto, cuando de improviso tomó la canoa un opuesto rumbo, y empujada por una corriente caminaba con asombrosa rapidez, hasta que muy entrada la noche fué a estrellarse contra las rocas de un islote cerca del Cabo llamado de las Agujas, en el Sur.

Quedó sin sentido del tremendo golpe que recibiera, y cuando volvió en su conocimiento hallóse tendido entre la sinuosidad de los peñascos, ignorando el punto en que se hallaba y la suerte que le aguardaba.

Así pasó aquella terrible noche, y cuando el primer albor de la mañana le permitió reconocer su situación, vió con amargo dolor que había desaparecido su canoa y que se encontraba aislado en un peñón enorme en medio de los mares, sin una planta siquiera que le sirviese de alimento.

En vano registró todo el contorno de la montaña donde esperaba algún consuelo. Inútil era su esfuerzo.

El calor que se dejaba sentir y el hambre que le fatigaba, le hizo buscar una concavidad donde guarecerse y esperar con resignación una horrible muerte que juzgaba inevitable.

Y a su mente se agolpó todo lo espantoso de su crítica situación; mil fantásticas visiones...

Soñó que estaba en un vasto desierto rodeado de fieras y reptiles venenosos, y que cuando se creía envuelto su cuerpo por una serpiente que reduciendo su anillo lo ahogaba por instantes, un hermosísimo ángel de cuatro alas presentóse, libertándole de la muerte. Después le condujo por los aires hasta un palacio de admirable magnificencia, donde vió entre sus vaporosos habitantes a la reina de su pensamiento, a la divina Célia sentada sobre un trono.

Quiso en su ilusorio delirio arrojarse a los piés de la que adoraba sin conocerla, en cuyo momento despertó sobresaltado a impulsos de su agitación nerviosa y de la lluvia que caía a torrentes.

Un espantoso trueno repetido en la inmensidad y con el que parecía rasgarse el firmamento, le vino a sacar de su estupor y abatimiento. Abrióse la cima de la montaña de roca y una terrible y estentórea voz dejóse oir pronunciando el siguiente VATICINIO:

-«¡Oh mortal, que bajo el poder del genio del Mal yaces en la más terrible de las desgracias! Oye... y obedece.

La Diosa de los Mares y nuestra reina y señora, me manda anunciarte que si tanto es el amor que le profesas y tuvieses serenidad y valor para arrostrar los peligros que se presentan hasta libertarla de las garras de su opresor Mustafá, que así lo manifiestes repitiendo tu solemne juramento.»

Hizolo así Gustavo, pronunciando las mismas palabras que oyera el cacique Djolí; y concluída su promesa, continuó la voz:

—«Dentro de una hora pasará la tempestad y aparecerá en los aires una hermosa águila, blanca como la nieve, que te conducirá al término de tu venturoso destino, si es que puedes vencer los grandes obstáculos que te opondrá el genio maléfico.»

Y dicho esto quedó todo en silencio, que era interrumpido solamente por la tempestad que se alejaba y los rugidos del mar embravecido.

CAPÍTULO IV

Aventuras extraordinarias

El águila blanca que le anunciaron a Gustavo de que aparecería para conducirle al término de su destino, presentóse en efecto columpiándose en el espacio.

Descendió sobre las rocas, y montando nuestro joven aventurero en el lomo de aquella, se elevó en los aires cruzando los desiertos más extensos en muy pocos instantes y sin ningún particular accidente.

Pero, en el interior del Africa, por la parte meridional contuvo su vuelo hasta dejar a Gustavo en la entrada de un dilatado y sombrio bosque, desapareciendo de su vista y quedándose solo sin más auxilio que su valor y el bruñido alfanje que para su defensa le regaló el cacique Djolí.

Ya tenemos a nuestro apasionado y atrevido mancebo en el principio de su viaje de aventuras. Veamos lo que le acontece:

El bosque de los leones

Lo primero que le ocurrió fué leer un papel que el águila le habia depositado a sus piés antes de abandonarlo, y el cual contenía el itinerario o carta terrestre que debía servirle en su camino.

Por la traducción del escrito supo que aquel bosque estaba lleno de espantosas fieras, especialmente leones, y lo arriesgado que sería atravesarlo; pero como no había otro medio de cumplir su juramento, marchó adelante decididamente.

No bien se hubo internado en la espesura por una vereda o línea rozada de las serpientes, oíanse los rugidos de las fieras que helaban el alma de pavor.

Gustavo, apresurando su marcha bien pronto estuvo en un llano que, semejante a una extensa plaza, era precisamente el punto de reunión de aquellos.

Vió uno que, recostado en la pradera, lamíase una mano tranquilamente, pero que apenas estuvo cerca nuestro viajero se irguió sobre sus enormes patas y olfateando hácia la parte donde recibía el aire, dirigióse mesuradamente como para examinar el terreno.

Gustavo oculto tras de un árbol y preparado con su alfange, esperaba la llegada de su terrible adversario.

Escasa era ya la distancia que lo separaba de la fiera, y aunque procuraba armarse de valor y serenidad, no pudo menos de causar un pequeño ruido al sacar su arma de la acerada vaina.

Seis pasos más y la lucha era inevitable. Hízole Gustavo al león una señal desde el sitio que ocupaba, y la fiera, siguiendo su

natural manera de acometer, le embistió de frente.

Da Gustavo una voz por el lado izquierdo y al arrojársele como una flecha, le abrió el cráneo de una tremenda cuchillada por la derecha, y de un salto se separó del león refugiándose en los inmediatos árboles, cuyos troncos envolvía la maleza.

Era una corpulenta leona la herida fiera, que aunque derribada al suelo por el mortal golpe que había recibido, atronaba los bos-

ques con sus lastimeros rugidos.

Todos los animales en su particular instinto tienen un idioma especial entre los de su raza que se comprenden perfectamente.

Así sucedió con la feroz leona, que a sus ayes y quejidos acudieron sus hijuelos reunidos con el macho su padre, y a poco tiem-

po se contaban de cinco a seis en la plataforma del bosque.

Salió Gustavo con su alfanje y arremetiendo por medio denodadamente, hiriendo a unos y ahuyentando a otros, pudo ganar la espesura de enfrente y deslizarse por las quebraduras de las rocas, y huyendo sin parar se encontró en una vasta llanura, salvándose milagrosamente.

Recostóse sobre las plantas que circundaban a un cristalino arroyuelo, donde apagó su sed, y cuando pensaba más que en el peligro en que estaba, en el hambre que debilitaba sus fuerzas, vino a sorprenderlo agradablemente el águila, su protectora, trayendo en su encorvado pico un cesto de ramas de palmera con el alimento suficiente a su devorador apetito.

El águila volvió a remontar su majestuoso vuelo y se perdió entre las nubes, quedándose admirado Gustavo de lo que acababa de sucederle, que más tenía de encantamiento que de obra de nin-

gún sér natural.

Reparado su estómago y no debiendo permanecer en aquel peligroso recinto, encaminóse de nuevo por la primera senda que se le ofreció a sus ojos y perdióse entre las sombras que proyectaban los árboles al ocultarse el sol tras de las montañas vecinas.

Grande trecho anduvo sin ningún incidente, hasta que el recuerdo de tan continuados conflictos lo sacó de sus profundas meditaciones para deplorar quizá otros mayores que lo expusieron a perecer sin remedio.

La redoma excantada

Caminaba Gustavo con el latente deseo de encontrar al idolo de su amorosa pasión, y en aquellos momentos no ocupaba su imaginación otro pensamiento, ni aún el temor de lo que pudiera sucederle.

Una extraña y desagradable música le hizo fijar su atención hácia el sitio de donde se percibía.

La más estrepitosa carcajada repetida de vez en cuando venía a poner término a cada uno de sus discordes sonidos, viendo con asombro una inmensa turba de enanos, cuya descripción sería dificil, que llevaban en sus hombros y sobre unas andas de plata una colosal redoma de cristal amarillo, y cuyo contenido no podía descubrirse en aquel instante.

Llegó la alborotadora comitiva al sitio donde Gustavo se hallaba, soltando al pasar junto a él una ruidosa burla acompañada de gestos y desaforados gritos, capaces de ensordecer a una piedra. Saludólos Gustavo con la mayor cortesía; pero la contestación fué reírsele una y mil veces; y sin dejar su infernal tocata y atronadora algarabía continuaron su marcha, dividiéndose en dos mitades y envolviendo en su centro al pobre aventurero que no sabía qué partido tomar.

Siguieron adelante siempre con la misma serenata, hasta que parándose de repente tiraron al suelo la redoma, y entre aullidos y una polvareda endemoniada, desaparecieron de su vista como por ensalmo.

Rompióse la redoma y saliendo de ella un sin número de monas que rodearon a Gustavo, lo pusieron con sus arañazos y mordiscos en el mayor apuro.

A diestro y siniestro repartía las cuchilladas sobre aquella hueste; pero era inútil su esfuerzo, porque con la destreza propia de tan ligeros y astutos animales, evadían los certeros golpes del furioso batallador, haciendo imposible su defensa.

Por último, en fuerza de su constancia pudo deshacerse de tan crueles enemigos de cuya descomunal pelea salió extenuado de cansancio y cuajado de mordeduras.

No paró aquí su desgracia, pues al acercarse a la fatal redoma percibió un olor tan pestifero e insoportable que le hubiera hecho perder el sentido si no se tapara cuidadosamente las narices y la boca y huido desesperadamente de aquel infestado lugar.

Volvió a continuar su interrumpida marcha, y ya creía haber llegado al término de sus infortunios, cuando una terrible punzada en la mejilla derecha le dió a conocer la acometida de algún venenoso insecto.

Las moscas de San Narciso

En las regiones meridionales del Africa se crian y multiplican extraordinariamente unas moscas pardas que en nuestro país se llaman borriqueras, con un aguijón afiladísimo que, penetrando en la piel, absorbe la sangre de los animales, que es su favorito alimento. Llámanse más propiamente de San Narciso, por una tradición antiquísima que no es de nuestro propósito describir.

Estos molestos insectos dípteros de la familia de los auteríceros, habitan siempre en los alrededores de pantanos infectos y al abrigo de ciertos árboles cuya resinosa sávia es para ellos el mejor nutritivo. Gustavo fué acometido por un enjambre de aquellas malditas moscas, contra las cuales no había ningún medio de defensa, sino el de sumergirse en el agua, y el pobre viajero estaba, según imaginaba, muy lejos del líquido salvador. En menos de cinco minutos se hallaba enteramente cubierto de millares de ellas, y su cabeza, manos y rostro hinchados como una odre.

Corría desalentado sin acierto ni dirección, renegando de su desventurada suerte y dando al diablo sus amores y la posesión de su bello ideal.

Inútiles eran sus sobrehumanos esfuerzos, y ya, íbase a arrojar al suelo decidido a morir de una vez degollándose con el alfange, cuando oyó una voz que le decía:—«Adelante, adelante; sigue al frente y encontrarás un lago; arrójate en él sin miedo o pasa por un tronco que hay tendido en uno de sus ángulos, y una vez libre... espera.»

El lago de sangre. = El Vampiro

Veloz como la flecha disparada por el más diestro arquero, huía Gustavo hasta encontrar el lago que le indicaban; pero cual fué su sorpresa y su amargura cuando al tocar a su orilla vió que sus aguas se habían convertido en sangre.

Conforme en algunos países septentrionales existe la errónea idea de fabulosos entes hasta el punto de creerse firmemente que son los cadáveres que se levantan del sepulcro para chupar la sangre de los hombres y animales cuando duermen, surge también en varias regiones del Africa esta misma afirmación, con tanto más fundamento cuanto es mayor la superstición de sus habitantes.

El atraso de su civilización les hace asegurar la existencia de los lagos de sangre, que no son otra cosa que unos depósitos de agua corrompida, y que produciendo la toba, especie de piedra blanda y esponjosa de un color rojo oscuro, llega por el excesivo calor a parecer, por efecto también de la refracción de la luz, sangre en vez de agua. Gustavo no sabía esta circunstancia, y por eso fué mayor su espanto.

Un soporífero sueño se iba apoderando de él hasta el extremo de quedar profundamente dormido. Entonces acercósele una sombra parecida a un génio, y rociándole las manos y rostro con un líquido blanco como la leche, quedó en su natural estado y sin señal de las mortíferas picaduras.

Era uno de esos vampiros de que nos habla la antigüedad. Desnudóle de sus ropas y descubriéndole el pecho aplicó a él su nauseabunda boca para extraerle la sangre que lo alentaba. Un extraño y repentino ruído, semejante al que hace a su paso una bandada de palomas, vino a sacar a Gustavo de su letargo.

Desvanecióse la sombra como por encanto, y vióse decender el águila protectora que lo sacó de aquel sitio llevándolo a otros parajes por donde continuase su camino.

La gruta de la serpiente. = La casa del diablo

Caminaba Gustavo resuelto a no parar ni un momento en aquel día, mas encontró cortada la salida por una enorme roca que no podía atravesar sino por una grande abertura en su centro. Penetró en ella, y no bien hubo andado cien pasos, cuando un resoplido infernal acompañado de tres silbidos penetrantes, lo hicieron retroceder hácia fuera.

Una vez al aire libre párase un instante para cerciorarse de la causa de su espanto, cuando vió que le seguía una monstruosa serpiente de tres cabezas que amenazaba tragarlo con la mayor facilidad. Media como unos veinticinco piés de largo por siete de grueso, y su escamosa piel asemejábase a la de la ballena.

Apurada era la situación de Gustavo si no hubiese tenido la fortuna de guarecerse tras de los troncos de dos gigantescos árboles casi juntos, por entre los que podía burlar algún tanto las acometidas de la serpiente. Tres veces intentó el fiero reptil introducir una de sus cabezas por el claro de los árboles y otras tantas tuvo Gustavo la suerte de cercenarle la cabeza de un solo golpe.

Llegó la noche; poco más de una hora había andado nuestro aventurero, y sus piés no podían ya resistir la pesadez de su marcha sobre la cálida y menuda arena de que se hallaba cubierto el camino en una circunferencia de más de cuatro leguas. Ni el más lejano y humilde oasis se descubría, ni aún la solitaria palmera, cuyo sazonado fruto le sirviera para reparar sus debilitadas fuerzas. Más de una vez había renegado de sus amores y arrepentido de su juramento, y estaba ya resuelto a abandonarse a su desventurada suerte, cuando observó hácia su derecha una negruzca casa de forma triangular y de cuya chimenea salía un torbellino de humo ceniciento; y no sabiendo explicarse la razón de lo que sus ojos veían, decidió por variar de rumbo en dirección opuesta. No acabó de cruzar por su imaginación esta idea cuando una figura raquítica y de unos tres piés de alzada se le acercó, dirigiéndole con voz cascada y diminuta las palabras siguientes:

-¿Por qué huyes de mi hospitalario albergue? ¿Por qué desprecias el bien con que te brindo en estos apartados lugares?

Dijo así, y cogiendo a Gustavo de un brazo con una fuerza irresistible lo llevó casi sin tocar en el suelo hasta la entrada de la casa misteriosa. Una vez en la puerta abrióse ésta, y presentándose una docena de furias infernales despidiendo fuego por ojos y boca y conduciendo una gran tina de hierro colado, en la que hervía la pez y el plomo derretido, lo hubieran arrojado en ella,

si el estampido de un horroroso trueno no viniera a dejar atolondrada tan endemoniada esfinge.

De repente ábrese un abismo desapareciendo en él por completo la casa, y quedando el pobre Gustavo en el fondo de un inmenso valle, rodeado de altísimas montañas que tocaban en las nubes.

La red misteriosa. = La maravilla

Por bien satisfecho se diera nuestro joven aventurero con la nueva región en que se encontraba si no sospechase alguna otra estratagema diabólica que lo pusiera en mayores compromisos.

Tomó la primera senda que se le presentó a la vista, caminando por ella hasta el límite de la espesura de los arbustos del valle; pero, ¡cual sería su asombro al encontrarse interceptado por una fuerte y espesa red de finísimo alambre que le cortaba la salida de aquel sitio! ¿Como romper la férrea prisión sin más ayuda que sus débiles brazos? Ahora lo veremos.

Cortó con el alfange algunos trozos de palos del grueso de un dedo, y entrelazándolos por las mallas de la red y retorciendo unas en sentido inverso de las otras, fué poco a poco haciéndose la abertura más grande, hasta lo suficiente para pasar por ella.

Por fin salió de aquel atolladero rendido de tal maniobra y desfallecido por el hambre.

Una hermosa y dilatada llanura sembrada de árboles fructiferos, mansos arroyos que atravesaban la comarca serpenteando entre las flores, y la más grande vegetación de la naturaleza le convidaban al descanso.

Tres horas tardó en su penosa bajada, y ya tocaba con las manos el apetecido fruto de un frondoso manzano. Lo llegó a sus labios con esa ansia propia del hambriento, cuando un gesto indefinible reveló el disgusto que experimentaba. Tenían las manzanas la dureza del bronce y el ácido del más tuerte vinagre.

Acercóse a un manantial de cristalinas aguas, y halló el líquido convertido en un terso espejo de bruñido acero que no pudo satisfacer su sed.

Desesperado con tanto contratiempo, desvainó el alfange, y ya iba a poner fin a su vida cuando observó que de improviso cam-

biaba toda aquella mentida felicidad en la maravilla más verdadera. Apagó la sed y mitigó el hambre que lo aniquilaba.

De repente formoso una diáfana nube con los colores del iris, y en el centro, esculpidas con signos luminosos, las siguientes palabras: «Ven a mí y feliz serás.»

ortes la oringuera na s CAPÍTULO. Val asseruma la chesta de

and to think the El palacio submarino office la distriction

de Terranova, de que va rienen netfeia renstres lectores.

No tardó Gustavo en obedecer lo que se le ordenaba, y penetrando por medio de aquel vaparoso velo sintió que lo transportaban por el aire, hasta que a poco tiempo se encontró en una extensa playa donde no había más que un cetáceo que al divisarlo le invitaba con sus aletas a que le siguiera. Acercóse Gustavo, y conociendo que aquel debía ser un enviado de la hermosa georgiana, montó sobre su negro y escamoso lomo. Resbalábase el pez sobre la superficie de las aguas con una pasmosa velocidad, cuando de improviso hundióse en el profundo abismo, conduciéndole al pié de una magnífica escalera de nácar, a donde le esperaba una bellísima joven que le dirigió el siguiente razonamiento:

—¡Oh tú, el más feliz de los mortales! Mi señora La Diosa de Los Mares te aguarda con impaciencia; pero como para llegar hasta ella es necesario destruir el poder de su opresor Mustafá y depositar su cabeza a los piés de la que hoy es su cautiva, toma este anillo hecho del mismo pelo de aquel y con el cual serás invulnerable.—Y entregando a Gustavo una preciosa y diminuta caja de oro esmaltado, desapareció de su vista.

Guardó Gustavo cuidadosamente su talismán y ascendiendo por la nacarada escalinata, cuyos pasamanos de cristal de roca y fina pedredía, conducía al interior del palacio de la diosa.

El oro en toda su pureza, la plata virgen y las joyas más grandiosas y de inestimable valor, era lo que resaltaba hasta en sus más ligeros adornos. La morada de Célia era una copia del paraíso.

Sin embargo, no era dichosa. Educada desde su niñez por una familia opulenta y acariciada en todos sus caprichos, no podia soportar el cautiverio. Tenía un corazón susceptible de la más ardorosa pasión, y soñaba con la dicha de un hombre que labrara su felicidad.

Mustafá la adoraba con locura, más por no perder del todo su cariño, no se atrevía a emplear ningún medio violento, dejando al tiempo el captarse su voluntad.

Hallábase éste en una de sus habitaciones en el instante en que Gustavo recorría todo el palacio, buscándolo para combatir con él, cuando al atravesar un corredor salió a su encuentro el perro de Terranova, de que ya tienen noticia nuestros lectores.

Frunció el ceño el animal, y lanzando un sordo gruñido en acción de acometer a Gustavo, éste se le acercó, dándole a olfatear la cajita que encerraba el precioso talismán. Cambió el perro sus intenciones y humillado a sus piés se los lamía como si fuese su propio dueño.

En aquel momento apareció un negro de colosal estatura, y advertido de la intrusión del extranjero y lo que acontecía con el feroz animal, fué inmediatamente a dar cuenta a su señor.

CAPÍTULO VI

El reto, la lucha y la victoria

Bien pronto se dejó ver el corpulento Mustafá, quien dirigiéndose a Gustavo, le dijo con tono altanero:

—¿Quién eres tú, miserable, que así te atreves a profanar mi sagrado recinto? ¡Por Alá, que si no tuviera lástima de tu necedad y pequeñez te mandaría cortar la cabeza! Sal fuera inmediatamente, y si es que la ambición del oro te ha inducido a pisar mi regio alcázar, toma esa repleta bolsa para que te vuelvas satisfecho de mi generosidad,—y arrojó a los piés de Gustavo un gran bolso de seda carmesí.

Arrebatado en cólera el joven marino dió un puntapié al dinero que le ofrecía, y acercándose con ademán amenazador, le replicó:

—¡Y tú, perro infiel, el más despreciable de la naturaleza, ¿quién eres que así te permites insultar a un caballero capaz de abrir tu cabeza de un solo tajo?¡Ven conmigo dónde y como quieras, y te haré ver que en tí no existe más valor que el que da la impunidad, el orgullo y tiranía de tu poder.

—¡Yo castigaré tu audacia!—repitió Mustafá—¡Salgamos fuera inmediatamente!—Y uniendo a sus palabras la acción de realizar-las, mandó a su esclavo David proveerle de lo necesario; y salieron a una arenosa llanura donde no se habían visto jamás las huellas de planta humana. Solos estaban ambos combatientes sin más testigos que el cielo.

Entretanto Célia, a quien le habían participado todo lo ocurrido, pedía fervorosamente al Dios de los cristianos por la buena suerte de su enamorado doncel.

Tres veces habían medido la distancia y otras tantas puéstose en guardia para empezar la lucha. Armado Mustafá de una terrible y pesada cimitarra y Gustavo de su afilado alfange, se dieron la señal.

Como si dos buques blindados se acometieran de frente y al choque se hicieran mil pedazos, así embistieron aquellos dos leones uno contra otro. Las dos aceradas armas quedaron hechas pedazos a los primeros golpes, y echando mano Mustafá de una bruñida daga que pendía de su cinturón, precipitóse sobre Gustavo, que no contaba sino con un pequeño pedazo de alfange.

Terminó tan desesperada lucha, asestando Gustavo a su contrario un fuerte puñetazo que le hizo saltar un ojo, y desvanecido un tanto Mustafá con el intenso dolor que le produjera, erró el certero blanco de su daga y faltándole el apoyo dió en tierra con su pesado cuerpo. Aprovechó Gustavo aquel momento, y arrojándose encima como la pantera sobre su presa, le cortó la cabeza.

Victorioso y posesionado del talimán que llevaba el terrible Mustafá, volvióse hácia el palacio encantado, cuando de improviso, desatados los mares, desencadenados los vientos, temblando la tierra y rugiendo la tempestad, se halló en medio de la misma roca donde naufragó su canoa y oyó la voz para su conquista.

Afligido con tan inesperado contratiempo lloraba desconsolado, y cuando en su desesperación iba ya a arrojar al mar la ensangrentada cabeza de su Goliat, una blanca y hermosa paloma atravesó el espacio, viniendo a posar en sus hombros y dejándole en la mano un perfumado billete.

Lo abrió Gustavo y enterado de su contenido bajó de la roca hasta la orilla del mar, y por una abertura que en ella había penetró, llevando por guía a la bella paloma.

CAPÍTULO VII

El buque mónstruo.=La diosa de los mares.=Conclusión

Dentro ya Gustavo de la gruta por donde lo guiaba la paloma, advirtió que se ensanchaba a medida que se internaba en ella, y al cabo de media hora se hallaba en el otro lado del mar, a quinientos pasos del bajel que vió con Djolí cuando se hospedaba en su cabaña. Alli estaba preparado un magnifico bote tripulado por seis bellisimas doncellas, que le recibieron con el más grande respeto y condujeron al navio El Aquilón.

A una señal convenida empezaron las salvas de sus cañones entre los acordes de la música y un griterio de vitores atronador. Gustavo, en pié sobre el bote que lo conducía, con la cabeza ensangrentada del gigante Mustafá, parecía al dios Marte vencedor

y dueño del universo.

Todo era confusión y algazara; hasta que vióse destacar sobre la cubierta del buque la maravillosa hermosura de la divina georgiana y a su amante Gustavo con una rodilla sobre la cabeza del coloso.

-«Olas de estos mares que obedeceis a mi voz.-dijo Célia dirigiéndose al espumoso elemento:—Séres acuáticos que formais mi »más deliciosa falange, oid. El atrevido marino que veis a mi lado »y a quien debo toda mi felicidad, es desde ahora mi esposo, y co-»mo vencedor del infame Mustafá, es también el dueño de sus teso-»ros y vuestro soberano y señor.»

Rompieron las músicas sus armoniosos sonidos, volvió a cruzar el espacio el estridente ruído de los cañones, y tomando rumbo El Aquilón hácia las regiones del Asia, cuna de la ilustre y bellísima cautiva, surcó los mares para llevar a sus dichosos viajeros al templo de la felicidad, donde gozaron de todos los placeres hasta

el fin de sus dias.



erentida esbeza de su Collat, una bisues y increscampalosse auro-

LIBRERÍA Y PAPELERÍA "LA FLECA" VDA. DE JUAN GRAU GENE REUS. — CALLE ALEUS, NÚM. 1. — REUS

HISTORIAS Y LIBRITOS QUE SE HALLAN EN VENTA

HISTORIAS

Amor de Madre.

Res- 5,546

Carlo-Magno.

Diego Corrientes.

La Dama de las Camelias.

Las Espinas de una Flor.

La Flor de un día.

Flores y Blanca Flor.

Caballo de Madera.

Guerra de Africa.

D. Juan Tenorio.

Juan Portela.

D. Juan Prim.

Pierres de Provenza.

Rosaura de Trujillo.

Nuestra Señora de Misericordia.

Santa Genoveva de Brabante.

Julieta y Romeo.

Bertoldo.

Candelas.

Aladrico.

mas

Roberto el Diablo.

La Diosa de los mares.

Cristóbal Colón.

LIBRITOS

Galanteos.

Chistes y agudezas de Bertoldo.

Felicitaciones.

Conquistas.

Cortejar.

Rueda Enamorados.

Quevedo.

Cartas de Amor.

» » (apaisado).

Nueva Cocinera.

Sueños y Planetas.

San Cipriano y Santa Justina.

Saldoni y Margarida (4 partes).

Llibre de Festejá.

Canciones para Navidad.

Passió y Mort de Jesucrist Nostre Senyor.

Canciones para el Mes de Maria.

Modo de resar lo Rosari.

Oración de San Agustín.

San Antonio y el Angel de la Guarda.

Vida de San Aleix.

En la misma casa se halla de venta gran surtido de Juguetes, Muñecas, Bebés, Abanicos, Paraguas, Sombrillas, Petacas, Carteras, Tarjeteros, Naipes, Juegos Dominó, y Libritos para fumar.